

vuestro retiro. También él, antes de partir, hizo su retiro. Se encerró en el convento de Santa María de la Rábida, en Palos, y pasó allí algunos días meditando y orando. Comulgó el 2 de agosto de 1492 juntamente con sus compañeros en la iglesia del Convento, de manos de su confidente y amigo Fray Juan Pérez. Hecho esto, fuerte con su Dios, se hizo a la mar, y a velas desplegadas viró con confianza hacia aquel mundo desconocido que le señalaba el cielo y su genio, y en cuyas playas plantó la cruz.

MONSEÑOR BAUNARD

LILI

I

El carruaje paró a la puerta de la casa, y Matilde, envuelta en un lujoso abrigo de pieles, bajó, y al pisar la acera exclamó, dirigiéndose a la duquesa del Bruzo, que permanecía muellemente recostada en el landó:

—Adiós, querida, hasta luégo. No olvides que te espero para ir al Real.

Un lacayo cerró la portezuela, saludó profundamente, subió al pescante junto al cocheró que rígido e inmóvil bajo su uniforme galoneado parecía una figura puramente decorativa, y el ruido del carruaje que partió al galope, vino a mezclarse a los mil rumores que convertían la calle de Alcalá en una colmena humana.

Matilde subió las escaleras rápidamente, y, cuando hubo llegado al piso segundo, apretó el botón de un timbre eléctrico, con fuerza al principio, con impaciencia después, viendo que la puerta no se abría.

Cualquiera que hubiese contemplado el interior de la casa y visto en un gabinete, amueblado con lujo, a una niña preciosa inclinada sobre la labor, junto a la suave luz que proyectaba una lámpara y que disminuía una pantalla de encaje tan sonrosado como el rostro de la infantil costurerita, hubiera creído que aquella mujer, aquella madre, anhelaba estrecharla entre sus brazos; pero Matilde en todo pensaba menos en su hija. La puerta se abrió sin ruido, y en vez de gritos de alegría y de cariño, en vez de los ojos azules y los rizos dorados del bebé que trabajaba con tanto afán, apareció la silueta fría de una doncella, y sólo se escucharon estas palabras que la señora dijo con tono imperioso:

—Tengo prisa. Supongo que estará todo dispuesto;— y se dirigió a la habitación que llamaba su *boudoir* por parecerse a las beldades extranjeras, protagonistas de las comedias que veía representar en la Princesa, o de las novelas que ojeaba por las noches para llamar el sueño, única cosa que no obedecía a la voluntad de aquella reina de la moda.

Sin embargo, al llegar al gabinete paróse sorprendida y contempló algunos instantes a la chiquitina inclinada aún sobre la labor sobre una prenda oscura, que contrastaba con los alegres tonos de su trajecito.

—¿Qué haces, Lili? preguntó dejando caer perezosamente el abrigo sobre una marquesita.

—¡Eres tú, mamá! contestó la aludida; y, arrastrada por un irresistible impulso de su corazón, se levantó de un salto y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

El carrito rodó de la faldita en que descansaba y fue dando vueltas a esconderse debajo de un *vis á vis*; las tijeras se clavaron en las garras de un león que había estampado en la alfombra; la costura cayó encima de un moro que estaba junto al león, y hasta la aguja,

desenhebrándose, y el dedal abandonando el dedito de la costurera, parecieron proclamar la libertad y dejar a su dueña que corriese más pronto a abrazar a su madre. Pero no fue así, porque se paró, dominando su primer impulso, y dijo tristemente:

—Buenas noches, mamá; después la miró con recelo, casi con temor, y volvió a sentarse junto a la lámpara. Su madre debía de estar preocupada, y nada más a propósito para excitar sus nervios que las demostraciones de ternura que llamaba ridículas y que, además, le arrugaban el traje y le descomponían el peinado. Bien sabía Lili que eso enfadaba a su mamá, pero aunque estaba acostumbrada a su desvío, no podía evitar el que sus ojos se llenasen de lágrimas al recordar las veces que la había rechazado cuando, impulsada por su cariño loco, corría a besarla al marcharse o al volver de algún paseo. Claro está que tendría razón: las mamás tienen razón siempre, así decía la hermana Luisa, en el colegio; pero nó, todas no eran lo mismo, ni la suya había sido siempre tan seria. Recordaba con deleite, con un placer indescriptible, que hacía que sus manitas temblasen al enhebrar la aguja, que antes, cuando era pequeña, cuando su papá no estaba aún en América, la arrullaba para dormirla en el regazo, y que otras madres, muchas, muchísimas, esperaban a sus compañeras cuando salían de las clases y las cubrían de besos, al ver los premios que habían ganado o las labores que sacaban concluidas. Sin duda ella era más mala y no merecía tanto cariño; por eso quería trabajar y hacerle ver que no era sólo una muñeca, digna de enseñarse a las visitas cuando estaba elegante, sino una niña tan obediente y aplicada como las del libro de lectura.

Matilde ni siquiera se había fijado en el trabajo de Lili. Pensaba en lo que iba a gozar aquella noche, en

que su hermosura y sus encantos humillarían a todas, en que, como una deidad, recibiría el incienso perfumado de lisonjeras alabanzas. Era muy feliz: figuraba entre el mundo elegante, había conseguido al fin su bello ideal. Desde niña soñaba con formar parte de la alta sociedad madrileña, con ser esposa de uno de esos personajes que nombran de continuo los periódicos. ¡Qué desilusión cuando tuvo que dar su mano a un joven de talento y de buena familia, pero que no era ni banquero! Y, sin embargo, había sido dichosa con el cariño de su marido y de sus dos hijos, de aquellos bebés que la llenaban de caricias y la divertían con sus travesuras. Al recordar esto, las lágrimas humedecieron sus ojos. ¡Qué tontería! entristecerse al pensar en escenas, que ya le parecían tan lejanas. ¿Por qué no había de ser feliz ahora, que brillaba en los salones más elegantes, que asistía a todas las fiestas con las damas más aristocráticas y que era una de las reinas de la moda? Pero ella no disponía de la fortuna que sus amigas: si acudía a tés y saraos, si encargaba los trajes a las mismas modistas era privando a sus hijos del bienestar que debía proporcionarles. No era para que gozase y luciese, no, por lo que Ricardo se había resuelto a dejarla, queriéndola tanto, y a marchar a América. Era para asegurar a su familia un porvenir risueño: para poder dar a Lili un buen dote y a Manolito una brillante carrera. No obraba bien, lo comprendía; una madre debe educar a sus hijos, velar junto a su cuna y no abandonarlos. Pero, ¡qué exageraciones! no era una madrastra, estaban buenos y limpios; Julieta, la doncella se entendía con todo; asistían a un colegio elegante y los niños son felices siempre. ¿Qué les importaba su mamá, teniendo juguetes para divertirse? Verdaderamente su conciencia estaba aquella noche insoportable.

Matilde abandonó el saloncito y se dirigió al tocador.

II

La niña se levantó entonces y corrió a dar un beso a su hermano que dormía, sonriendo, sobre un diván.

¡Pobre ¡Manolito! ¡qué guapo estaba y cuánto le quería Lili! Iba a ser para él una mamá pequeña, ya que la otra estaba tan ocupada; por eso le cosía la ropita, para que no se burlasen de él en el colegio como aquella tarde; ¡qué vergüenza pasó el pobre niño! se lo había contado todo y no sucedería más.

Matilde apareció después de largo rato, seguida de la doncella. El traje de seda malva, gracioso, ligero como esas flores que parecen deshojarse al soplo de la brisa, dejaba entrever apenas el busto y los hombros velados por gasas vaporosas; el collar de brillantes, cayendo cual gotas de agua que el sol descompone en cambiantes de vivos colores; todo hacía resaltar sus encantos; y, con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos, parecía una imagen viva del placer mundano.

Lili la contemplaba con embeleso. La insistencia con que la miraba extrañó a Matilde.

—¿Qué te pasa, niña? preguntó al notar que entre sus cansados párpados asomaban las lágrimas.

—No se altere la señora; es de estar tan fija en la labor.

—Pero ¿qué haces? Ven aquí—añadió impaciente.

—No te enfades, mamá—balbuceó Lili mostrando un pantaloncito. Es que el niño lo había roto y se burlaban de él. El pobre vino llorando esta tarde, a mí me dio mucha pena; y, mira, se lo coso para que no digan, como otras veces, que tenemos una mamá que no nos quiere nada.... nada.

—Esto es insoportable, Julieta, siempre te estoy encargando que cuides a los niños.

—La señora me dispensará. Una no puede estar en todo.

—Pues... ¿qué has hecho? Manolo sin acostar; Lili arreglando la ropa. Esto es demasiado.

—Demasiado, es verdad; querer que hagamos entre dos criadas lo que en otros sitios en que hay tanta servidumbre. He preparado todo en el tocador, he llevado las invitaciones que me mandó la señora...

—No la riñas; no ha tenido tiempo, te lo aseguro. Además, quiero tanto a mi hermanito que me he empeñado en cosérselo. Ya verás qué contento se pone y cuántos besos me da. El pobre, como no te ve apenas, dice que yo soy su mamá y que le quiera mucho, ya que tú no le quieres.

—No digas eso.... ¿que yo no os quiero? exclamó la dama profundamente conmovida.

—Perdóname.

—Pero.... si tenéis razón.... si soy tan mala.

—Oh mamá.... por Dios....

Matilde, bañada en llanto, se dejó caer en una marquesita.

El amor de madre, ese afecto tan grande, tan generoso, tan universal, parecía avasallar su sér y brotar por sus ojos en ardientes lágrimas y por sus labios en apasionados besos.

Arrancó de su cuello la cascada de brillantes, de sus cabellos la diadema que coronaba su frente y, delirante, ahogada por la emoción, estrechó contra su pecho a aquellos niños que lloraban de dicha al recobrar su cariño.

El timbre sonó con estrépito, y la duquesa del Bruzo penetró poco después en el gabinete.

—¿Qué haces, querida? ¿No has concluído tu tocado? dijo la recién llegada, dirigiéndose a su amiga.

Lili temblaba, temiendo perder su felicidad en el momento en que creía poseerla para siempre; pero Matilde abrazó con más fuerza a sus hijos, como si quisiera impedir que volvieran a arrastrarla al mundo, y contestó:

—No insistas.... mi deber está aquí.

—Sin embargo, no todo son deberes en la vida; hay que dedicar algún rato al placer.

—¡Al placer! y ¿qué mayor felicidad puede existir que ésta que inunda mi alma? ¿Cuándo, en un teatro o un sarao se goza de esta manera?

La duquesa, asombrada, abandonó el saloncito, y Matilde quedó entregada por completo a aquel amor santo, que enlazaba tres corazones y la volvía al cumplimiento de sus deberes con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios.

MAGDALENA DE SANTIAGO-FUENTES

ORIENTACION DEFINITIVA

Cuando se vive en un medio eminentemente puro y familiar como el que se respira en estos por mil títulos ilustres claustros del Rosario, la vida adquiere proporciones de serena fecundidad cotidiana y la estrechez del círculo en que vivimos contribuye, por decirlo así, a hacer más interna y confidencial las relaciones que nos unen.

No de otra manera podemos explicar el por qué de este artículo, fruto de la reflexión, que si bien no ofrece nada sensacional a lo menos hace pensar en la trascendencia que tiene para la juventud la elección del puesto a que ha sido predestinada.